



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 36.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 4 DE SETIEMBRE DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



uenos principios tiene y ha tenido siempre el mes de setiembre.

Despues de las faenas de agosto vienen las ferias y funciones de los pueblos; y todos los alrededores de Madrid y de las capitales de provincia arden en fiestas en sus cosos y resuenan con los acantos de las músicas y el ruido de los cohetes y fuegos artificiales. Las luminarias y fuegos de artificio son invencion antiquisima, si bien hasta que se inventó la pólvora no pudo darse á este arte toda la

estension y el vuelo que despues ha tomado. En la antigua Grecia se festejaba á Prometeo, Vulcano y

Baco con luces artísticamente dispuestas en sus templos formando mas ó menos caprichosos dibujos. En los dominios sujetos al poder de Roma y en la misma capital las innumerables fiestas del calendario romano, se celebraban con gigantescas iluminaciones. El llevar antorchas de día en las procesiones no es invencion especial de la Iglesia Católica. Lleváronse en otras muy antiguas y nada católicas por cierto. Los emperadores romanos tuvieron grande inclinacion siempre á las luminarias. Calígula crucificaba á los cristianos y haciéndoles untar con materias inflamables, mandaba prenderles fuego para que iluminasen las calles de la ciudad. Neron, no contento con hacer esto, quiso esceder en

punto á luminarias á todo lo conocido y mandó incendiar á la misma Roma. Neron, segun él decia, era un grande artista: disgustábase mucho aquella Roma vieja, de calles sucias, estrechas, mal ventiladas, de casas sin orden, sin proporcion, sin belleza, nidos de ratones y depósitos de chinches; y en uno de sus momentos de inspiracion dijo: preciso es acabar con todo esto y hacerlo nuevo; y en efecto, en unas cuantas noches concluyó con todo y levantó sobre las ruinas su palacio de oro y una Roma nueva que dicen era la maravilla del orbe. Esta fue la mayor iluminacion que los romanos habian visto. Por lo demás ciudades quemadas por gusto de verlas arder ha habido muchas, empezando por Ninive y Babilonia las primeras que recuerda la historia y siguiendo por todas aquellas que han ido sucesivamente desapareciendo del mapa, Troya, Persépolis, Palmira, Tebas, Ecbatana, Tiro, Sidon, Cartago, Jerusalem, etc., etc., etc.: y no contamos á Sodoma y Gomorra ni sus hermanas, porque el espectáculo de su iluminacion no se hizo para la mirada de los humanos, tanto que una mujer que quiso verlo, se convirtió en sal y no lo pudo contar á sus semejantes. Puede decirse que los grandes monumentos y las grandes poblaciones que recuerda la historia, no han perecido en su mayor parte por las injurias del tiempo y el abandono de los siglos, sino porque los hombres han querido hacer con ellas ejercicios pirotécnicos y darse el gusto de ver cómo ardian.

En Constantinopla cada lunes y cada martes hay de estas iluminaciones, y se queman manzanas y barrios enteros en un momento. En San Petersburgo hace dos años hubo una serie de incendios que iluminaron por muchos dias la ciudad de los czares que nunca se ha visto tan caldeada como entonces. Toda una gran plaza con sus edificios y almacenes quedó reducida á escombros. En Pekin todas las noches hay un fuego. Verdad es que los chinos son el pueblo mas aficionado de la tierra á esta clase de espectáculos, tanto que se jactan de haber usado en ellos la pólvora muchos siglos antes de que se inventase en Europa. Sucede, pues, en China que á cada fiestecita hay fuegos artificiales; y como muchas casas son de madera y cañas de bambú, la menor chispa las inflama y el fuego se comunica que es una bendicion. En Europa fueron los florentinos los primeros que usaron la pólvora para fuegos é iluminaciones de artificio construyendo con ellos castillos, y diversas figuras vistosísimas. Imitáronles los romanos y

los napolitanos que han conservado la fama de grandes pirotécnicos hasta nuestros dias. El famoso Rugieri, empresario de fuegos artificiales en París no hace muchos años, es, segun tenemos entendido, napolitano: y son de ver las grandes iluminaciones de París. Las que ha habido este año con motivo de las fiestas del emperador han sobrepujado en esplendor y lujo á todo lo conocido hasta el dia, si hemos de creer la narracion de los que han venido de allá estos dias. No es por tanto extraño que la concurrencia al espectáculo haya sido inmensa y haya dado que hacer á la policia, que allí anda siempre lista y suele ser á veces mas numerosa que la concurrencia no oficial que asiste á una funcion.

Cuéntase con este motivo que mas de cuatrocientas personas fueron presas en París en uno de los dias de regocijo oficial, por un hecho insignificante á que la prevision policiaca dió proporciones enormes. De una poblacion de provincia acudió á ver las fiestas un matrimonio; y entre las oleadas de la gente se separó el marido de la mujer, como suele suceder con frecuencia. La mujer, viéndose desamparada en medio del concurso, comenzó á llamar á su esposo con los nombres mas tiernos y el acento mas lastimero: ¡Lambert! decia, mi querido Lambert, ¿dónde estás? ¿Quién ha visto á mi amado Lambert? y aquí añadía todas las exclamaciones con que en otro tiempo la Sulamita preguntaba por su amante. Los parisienses tomaron á broma la afliccion de la pobre provinciana, y comenzaron á gritar, ¡Lambert, Lambert! ¿dónde estás? ¿dónde te escondes? y cuando veian á alguno con aire provinciano mirando con la boca abierta, muy abiertos los ojos y el sombrero echado atrás le preguntaban, ¿es usted Lambert? Figúrese el lector el nombre de Lambert pronunciado á gritos por medio millon de bocas y calcule el efecto que podria hacer en los oidos de los agentes encargados de mantener el orden y sofocar en el acto toda tentativa contraria al sosiego público. Hubo quien creyó que el llamamiento á Lambert era un llamamiento á la revolucion, y que Lambert no era sino el grito de guerra, la bandera, digámoslo asi, revolucionaria. Procedióse, pues, á prender á todo el que gritaba y podia ser habido, y no es esto lo peor sino que muchos de los presos han sido condenados á quince dias y un mes de cárcel por haber gritado. Despues de esto viene un periódico francés muy formal diciendo que no puede haber alianza entre la España y la Francia, porque la España tiene instituciones absolutistas y la Francia las tiene democráticas con libertad

individual, derechos imprescriptibles, prensa libre y otras cosas.

¡La Francia libre y el francés esclavo!
Atene usted esa mosca por el rabo.

Pero dejando á la Francia y siguiendo la materia de las iluminaciones é incendios, que es asunto que quema menos todavía que el otro, recordaremos que en la última semana ha venido á contristar á Madrid la gran catástrofe del incendio de los muelles y almacenes del ferro-carril del Mediterráneo al-comienzo de la línea de Zaragoza. El fuego comunicándose á varios carruajes cargados de azufre, salitre y aguardiente, tomó desde luego una intensidad espantosa y no pudo cortarse en breve á pesar de las activas y enérgicas disposiciones de la empresa, de las autoridades, guardia civil, tropa y gente que acudió al sitio del incendio. Cerca de veinte horas se necesitaron para dominar aquel inmenso brasero alimentado por las mercancías, los techos, las columnas y mas de cuarenta carruajes de todas clases. Calculase la pérdida en unos 6.000,000 de reales; y ya es este el tercer incendio que experimenta la empresa.

El 24 de agosto se celebró en el pueblo de Mathosinhos, concejo de Bouças con los acostumbrados fuegos y cohetes la inauguración de la estatua levantada por sus paisanos al célebre hombre de estado portugués Manuel de Silva Passos. Este ilustre ciudadano nació en 3 de enero de 1805 y murió en 18 del mismo mes de 1862. Después de tomar los grados de jurisprudencia y cánones en la universidad de Coimbra redactó con su hermano José el periódico liberal *Amigo del Pueblo*, y cuando don Miguel ocupó el trono portugués, hubo de emigrar á consecuencia de sus opiniones. Hasta 1832 recorrió la España, la Francia y la Inglaterra y de vuelta á su patria al advenimiento de doña María de la Gloria se distinguió en las cámaras como uno de los oradores mas elocuentes de Portugal, en el ministerio, donde desempeñó la cartera de Gobernación, como uno de los miembros mas entendidos, probos y celosos del gabinete, y entre sus amigos como una de las glorias mas puras y acrisoladas de la patria. A su muerte sus paisanos decidieron erigirle un monumento, y el 24 del pasado se levantaba ya su estatua en la margen del rio Leza representando al ilustre hombre de estado, teniendo en la mano la legislación de 1836. Así honra el pueblo portugués la memoria de sus grandes hombres, y así creemos que la honrará el pueblo español con el tiempo. Ya tenemos una estatua de Cervantes y otra de Murillo, además de las ecúestres de Felipe III y Felipe IV. De manera que todo es empezar.

Nosotros por hoy queremos concluir aquí.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

BANQUETE DE INAUGURACION

DEL FERRO-CARRIL DEL NORTE.

En el número anterior hemos presentado la descripción y la vista de la ceremonia religiosa y solemne de la inauguración de la línea férrea del Norte. Hoy ofrecemos á nuestros lectores la del banquete oficial que siguió inmediatamente á esta ceremonia.

En un hermoso y despejado sitio, desde el cual se gozaba de la vista de San Sebastian y de su playa agitada por una suave brisa, se dispuso un magnífico salon entoldado, suntuosamente adornado, donde debia celebrarse el banquete. En el testero se veia la mesa de la presidencia, donde tomó asiento el rey seguido de los altos empleados de su casa, del gobierno y de la empresa; y paralelamente á los lienzos laterales se dispusieron otras cuatro mesas convenientemente espaciadas donde se sentaron los demás convidados de uno y otro país que se reunian para solemnizar la union de dos pueblos en el terreno neutral de la industria del comercio y de las relaciones pacíficas y amistosas. Gran número de lanchas en la playa estaban llenas de curiosos que habian acudido á gozar de la música que animaba el conjunto, y de la vista del salon que á cierta distancia presentaba la figura y apariencia de un grande y hermoso kiosko oriental.

La comida fue digna de los personajes allí reunidos, haciendo honor á la empresa; y el servicio no dejó nada que desear. Los brindis comenzaron pronto, mas á la media hora se levantó el rey, y con S. M. los altos funcionarios que poco tiempo despues entraron en la ciudad.

Nuestra viñeta representa el salon, del banquete en el momento de sentarse el rey á la mesa saludado por las músicas y formando el blanco de las miradas de miles de espectadores.

IDEAS DE LOS PUEBLOS

DE LA ANTIGÜEDAD ACERCA DE LA VIDA FUTURA.

El mejor medio que podria emplearse para conocer el carácter de las diferentes naciones antiguas y modernas, es el exámen de las ideas que tienen acerca de una vida futura, y de la naturaleza especial del paraíso que desean y del infierno que temen. En efecto, ese país no descubrió aun, y de cuyas costas nuestra elogiada ciencia nos deja tan ignorantes como lo estaba el patriarca caldeo de la antigüedad, ha tenido en todas las edades un atractivo irresistible para la imaginación humana, y los genios de cada raza sucesiva nos han legado de él un cuadro, en el que sin saberlo, se han reflejado algunas de sus luces y de sus sombras. Estos variados diglitos de cielos é infierno que conserva la historia, forman una galería en la que podemos estudiar las ideas y los sentimientos de las remotas ó estinguidas familias de hombres á que pertenecieron en su origen. Nada puede darnos una idea mas exacta de cualquier individuo que el conocimiento de los objetos que desea con mas ardor ó que rechaza con mas violencia. Sabiendo con certeza cuáles son la esperanza y el temor, es decir, los polos positivo y negativo del alma, no podemos dejar de conocer por lo menos cuáles son los objetos de su viaje por el Océano de la vida.

Lo primero que llamaba la atención al examinar las diferentes ideas de una vida futura, es la gran diversidad de interés con que esa vida se ha mirado. En algunas naciones como entre los antiguos egipcios, parece haber sido el pensamiento dominante. Hombres y mujeres han vivido ocupados incesantemente con la idea del grado de honor que se concedería á sus momias en la tierra y del favor con que Osiris trataría á sus espíritus en el intervalo entre la muerte y la resurrección. La pirámide de Ghize, la mayor y la mas antigua de todas las obras humanas, el mas extraordinario de todos los enormes monumentos que los hombres construyeron en el valle del Nilo, no era mas que un sepulcro. Por el contrario, entre los israelitas la idea total de otra vida era, por decirlo así, desconocida; y aunque poseemos toda su grandiosa literatura, no sabemos si las inteligencias mas elevadas entre ellos creían que habia algo futuro para el alma humana, ó algun conocimiento ó sabiduría en la tumba. La ausencia, ó por lo menos la tibieza de su fe en una raza de un corazón tan elevado y tan religiosa, ha sido en todos tiempos un fenómeno muy difícil de explicar, tanto mas cuanto que los descubrimientos de los arqueólogos modernos demuestran que los israelitas tomaron muchos detalles de su culto, de sus dominadores, al paso que parecen haber ignorado del todo esta idea primera y dominante. Aun entre las naciones afines en raza y en creencia, las diferencias en cuanto á lo que concierne á la muerte y á la inmortalidad han sido evidentemente estremadas. Los ninivitas no han dejado en ninguno de sus monumentos vestigio alguno de sus creencias relativas á la muerte, al paso que sus vecinos los babilonios, ponian tal cuidado en el cumplimiento de los ritos practicados al dar sepultura á los cadáveres que indica una firme creencia en otra vida. Aun en el día la indiferencia, por no decir la irreverencia, de los italianos contrasta de un modo extraordinario con la ternura y el sentimiento que los alemanes católicos y protestantes muestran en cuanto á sus cementerios.

Se puede afirmar como regla general, á pesar de las excepciones indicadas antes, que existe una relación entre la grandeza y la civilización de cada raza y la fuerza de su sentimiento interior de una vida inmortal. A medida que se desciende en la escala de las tribus medio civilizadas y salvajes, esta creencia parece ocupar cada vez menos lugar en sus pensamientos. Sin embargo, no se llegará á encontrar (á menos que no sea en alguna raza casi de monos, como la de los habitantes de los árboles en Ceylan) ninguna criatura de figura humana que crea completamente que la muerte es el fin de todo; siempre tendrá algunas nociones de las necesidades y de las ocupaciones futuras. Según los mas interesantes datos de Lyell relativos á los restos humanos hallados en la caverna de St. Acheul, aun en la primera aurora de la humanidad, cuando el enano y nuestros padres, dotados de corta inteligencia, vivían en estraña fraternidad con el mammoth y el oso de las cavernas, en aquellos milenios no explicados aun, los muertos eran enterrados con las armas y con el alimento que podia desear el espíritu libre del cuerpo, y aun entonces es cierto que «la creencia de la raza humana era que el alma del hombre no muere jamás.»

A medida que avanzamos en la historia y pasamos de las tribus primitivas y de las razas salvajes que habitan en las islas de la Polinesia ó en los bosques de América á otras ramas mas bellas y mas elevadas de la gran familia humana, hallamos que la fé en la inmortalidad se manifiesta de un modo mas claro y mas vehementemente. Nada puede dar una evidencia mas completa de la universalidad de este conocimiento que el hecho de que estaba fuertemente arraigado en el corazón de las tres grandes familias de la antigüedad, cuyos respectivos tipos de religion y de civilización eran absolutamente diferentes y tenían los mayores derechos á que se los

considerara como indígenas en sus respectivos países, tan distantes entre sí. Los brahmanes, los egipcios y los celtas druidicos creían todos en la vida futura; la literatura del Indostan está saturada de espresiones que demuestran de una manera indudable la idea de los castigos y de las recompensas venideras; los extraordinarios monumentos de los egipcios indican en todas las épocas la esperanza de la resurrección; y la admirable fe en la inmortalidad del alma, era la que, según los romanos, daba vigor al discípulo de los druidas, lo cual prueba la firmeza de todos ellos en esta creencia. Aun cuando se quisiera sostener que alguno de estos pueblos habia tomado su creencia del otro, esta opinión no probaria nada en contra de la originalidad de su fe, y además estas comunicaciones no tienen resultado alguno cuando la conciencia natural de la inmortalidad es débil en el pueblo que debe recibir la instrucción. Sabemos, por el ejemplo que de ello dieron los judíos, que un pueblo puede vivir 400 años cautivo de la nación cuyas creencias son mas profundas y adoptar todas las opiniones y ceremonias de menos importancia, y sin embargo quedar como una excepción aparente de la raza humana, en cuanto á la ausencia de esta creencia en la inmortalidad correspondiente á su desarrollo general, mental y religioso.

Una de las causas mas poderosas que parecen influir en la idea de una existencia futura es la fuerza comparativa del sentimiento habitual, el conocimiento de la vida presente con sus goces y sus tristezas. Si la conciencia de la vida presente es en un hombre estéril, y por decirlo así, sensual, de modo que goza mucho por su propia conciencia, entonces rara vez tendrá inclinación á penetrar en el futuro desconocido y á considerar qué será de su propia individualidad. Si por el contrario su conciencia es mas profunda y de un carácter mas interior que le conduce á un conocimiento mas intenso, entonces un sentimiento vehemente é imperioso le hará fijarse mucho mas en la idea de prolongar para siempre su individualidad. En otros términos, tanto como el elemento mas puramente humano de la conciencia propia se desarrolla sobre la conciencia animal de la mera vida, de la pena ó del placer, otro tanto se desarrollará también el sentimiento de la inmortalidad. Las naciones del Norte y del Sur de la Europa, nos presentan un ejemplo de esto. Por regla general, entre los europeos (las razas semíticas tienen un sentimiento mental completamente distinto) las razas del Norte son reflexivas y tienen el conocimiento de sí mismas, y por lo tanto, se hallan llenas de la convicción grave y solemne de una vida futura. Las razas del Sur son sensuales y mas inclinadas á las cosas exteriores, y aun cuando son de grande inteligencia no tienen propensión sin embargo á entregarse al análisis de sí mismas y de su propia conciencia. El exámen de sí mismos que Pitágoras decía á sus discípulos que hicieran tres veces cada noche habria mas bien que prohibírsele á un alemán ó á un celta, por la gran tendencia que tienen á exagerar el análisis como una de las enfermedades mas fatales del alma. Los antiguos griegos eran de un carácter opuesto; la dificultad para ellos no era el olvidarse, sino el acordarse de sí mismos. En su clima brillante, rodeados de la hermosura de la naturaleza ¿qué podían importarlos las tristes y solemnes reflexiones que acosan á los habitantes del Norte bajo un cielo nebuloso y en sus cerradas y oscuras bibliotecas? Los griegos vivían al aire libre, puro y trasparente de la Grecia, se sentaban bajo los espléndidos pórticos de mármol ó paseaban por los alegres olivares de la Academia, hablaban su hermoso idioma con pensamientos tan libres como los perfumes que la brisa llevaba de las olas del mar Egeo ó de las cumbres del Himeto. No se les recomendaba el silencio; ninguna creencia solemne los ordenaba poner el dedo sobre sus labios é inclinarse ante una divinidad terrible. La consecuencia de esta vida alegre, brillante y deliciosa, era que la existencia futura apareciese para ellos como una idea sombría, indeterminada y triste, no porque no creyeran en ella, pues su elevada inteligencia no podia dejar de tener tal intuición, sino porque la consideraban como un país sombrío que no era comparable á este mundo brillante, como un país de sombras, si es que no le miraban como á «un país de oscuridades semejante á la oscuridad misma» según las palabras de Job.

Esta idea oscura del mundo futuro hizo que la formación de los mitos del Eliseo y del Tártaro apareciese singularmente descolorida si se la compara con los cuadros brillantes de las alegrías y tormentos futuros pintados por otras razas.

Si de la idea del grado de fe en la inmortalidad que tenían diferentes naciones se pasa á la fe misma, hallaremos en las representaciones que hacían los griegos de la beatitud de los buenos y de los castigos de los malos, en cuanto á los primeros, un mundo de dulces placeres en cuanto á los segundos uno de horrores pueriles. Las almas de los bienaventurados se suponía que paseaban por siempre en los Campos Eliseos entre amaranos y asfodelia ó creeremos mejor que los griegos de Atenas colocaban su paraíso en las bellas regiones de la Gran Grecia. Otras tradiciones suponían países aun mas distantes, tal vez las islas Baleares, Madera ó las Canarias habian sugerido la idea de las islas de los felices, las Fortunatæ Insulæ de los romanos que se hallan en la mitología de los irlandeses paganos como Innis-

na-Oge, la isla de la juventud, y posteriormente en el siglo XVI el sueño común de todas las tribus célticas de la Europa occidental como la isla de San Balandran, en medio del Atlántico.

Los tormentos del Tártaro eran casi ridículos y es indudable que deben su invención a las pesadillas de los mitólogos primitivos, ó que como dice uno de los antiguos «Ephialtes era el padre de Hell.» Las cuarenta y nueve Danaides, tratando de llenar, aunque sin esperanza de conseguirlo, sus vasijas cubiertas de agujeros, Ixion con su rueda, Sisifo subiendo siempre la piedra que volvía a caer y sobre todo Tántalo tratando de satisfacer su hambre con el fruto que se apartaba de él en el momento que iba á alcanzarle y de apagar su sed en el torrente que se alejaba de sus labios, todos estos castigos, por absurdos que fueran, parecen haber estado limitados especialmente á algunos grandes pecadores, mientras que el rebaño común de la humanidad, los seres malos como los buenos estaban condenados á miserias terribles que no parecen haber tenido conexión alguna con sus méritos morales. El hecho de que sus cuerpos quedaran sin sepultura constituía un castigo mayor que el que merecían por sus propios crímenes, y en vano trataríamos de buscar la razón de los sufrimientos en las orillas de la Estigia y de la crueldad de Caron.

La naturaleza secundaria de sus esperanzas en cuanto á la vida futura, es el motivo por el que la virtud de los antiguos griegos y romanos debe mirarse como muy desinteresada. Al considerar el martirio voluntario de Régulo (si hemos de dar crédito á la historia común) no podemos menos de experimentar un sentimiento de admiración por su sublimidad moral; entregarse por libre elección á la muerte mas terrible, teniendo la creencia de que «mas vale la vida aun en el estado peor que la muerte mas gloriosa» es un sacrificio que llega al mas alto grado de virtud y al mayor desinterés. Estas ideas tan débiles con respecto á la vida futura, daban por resultado el deseo ardiente de fama que tenían los antiguos y que muchas veces nos parece exagerado. En efecto, el hombre en todas las edades y naciones ha rechazado con horror la idea de una muerte que pusiera un fin completo á su total existencia, y esta era la causa de ese deseo violento de perpetuar su memoria entre sus semejantes ya que por una ley fatal de la naturaleza estaba, según creía, condenado á morir para siempre.

Pasando de las ideas de los griegos y romanos relativas á la vida futura á las de los egipcios, se echa de ver que la atmósfera del pensamiento, por decirlo así, ha cambiado del todo. Por razones desconocidas para nosotros el espíritu de los egipcios parece haber sido tan grave como el de los griegos alegre y brillante. Todos los monumentos que nos han dejado de su arte, llevan el mismo sello de solemnidad imponente; por ellos se ve que en vez de ser su vida alegre y el mundo futuro un sueño, consideraban la existencia sobre la tierra solo como un paso sombrío para las terribles realidades del tribunal de Osiris. La obra de sus reyes principales durante el periodo de sus reinados, fue la erección de sus tumbas. Tanto el rico y noble sacerdote como el artesano mas humilde empleaban en hacer mas lujosos su ataúd y su sepultura lo que ahorran de las necesidades de su vida. En todas las fiestas y al parecer en todos los tiempos, las momias de los padres y deudos se hallaban siempre presentes y seria necesario un volumen entero para describir todas las ceremonias y los procedimientos de embalsamar y sepultar un cadáver.

El privilegio de ser embalsamado del modo mas perfecto no era meramente un honor, sino que tenia una importancia extraordinaria para el bien estar del individuo. Según la opinion general de los mas inteligentes en esta materia, el objeto de conservar el cuerpo en estado de momia era tenerle pronto para la vuelta del alma despues de 3,000 años de purgatorio ó de bienaventuranza según hubiera decretado Osiris. La doctrina de la resurrección de la carne parece haber sido el origen de la práctica de embalsamar los cadáveres ó sugerida por la vista constante de las momias que el tierno interés de los que sobrevivían había hallado los medios de conservar. El objeto principal de los embalsamadores era hacer inaccesible el cuerpo á las causas de su deterioro en un periodo tan largo de tiempo. Su deseo se ha cumplido en efecto, pues las momias existen aun desde aquella época hasta nuestros dias y en este vasto intervalo yace el ciclo entero de la historia humana. Las almas, cuya esperanza era el volver á tomar estos cuerpos pobres, ajados y contraidos, ¿se sonreirán ahora al recordar bajo las formas gloriosas su radiante existencia en un mundo mas vasto, su humilde ambición de otros tiempos? ¿No sucede así siempre con nosotros todos que suspiramos y trabajamos por volver á un pasado miserable, mientras que Dios mas misericordioso que nuestros mismos deseos, nos conduce á un futuro mas elevado y mas santo?

Al atravesar el Egipto causa disgusto el ver cómo han sido profanados los huesos de los muertos y no por los árabes fellahs sino por los civilizados europeos. No parece sino que el respeto que debe tenerse á los cadáveres desaparece cuando se trata de una momia. Los restos humanos que se han conservado por espacio de treinta siglos son arrojados de sus soberbias tumbas y hechos pedazos con tanto desprecio como si no hubie-

ran contenido jamás un alma. Los sepulcros que hay alrededor de la Esfinge están profanados todos y no por la hiena que trepa por los escalones gigantes de la tercera pirámide, no por las fieras ni por los árabes del desierto, sino por los civilizados europeos prosiguiendo sus investigaciones científicas.

(Se continuará).

A.

VIAJE AL AFRICA CENTRAL

Y A LA ISLA DE FERNANDO POO.

(CONTINUACION.)

El día 8, despues de ver mas sosegado á mi amigo, sali por la mañana para dar un paseo y visitar las obras de desmonte que se están haciendo en el interior del bosque, donde trabajan ciento cincuenta krumanes, y me causó grande admiración ver sobre un árbol una bandada de mas de trescientos loros, y en otro gran número de monos que nos apedreaban. Disparé mi escopeta y huyeron precipitadamente. Al llegar al cuartel supe que había muerto el médico Llanos, golpe que me afectó mucho; pero procuré desechar toda idea lúgubre, porque cualquiera emocion es peligrosa en la isla, y mas en la época en que nos hallábamos. Como mi cuarto estaba unido al suyo, el juez me hizo trasladar á su habitación y nos acostamos á las once. Al día siguiente 10, nos reunimos todos en casa del gobernador de la colonia sumamente afectados por la pérdida del médico, para asistir á su entierro.

Era grande el calor y á él se debía la recrudescencia de la enfermedad en aquellos dias, tanto que hubo algunos en que la compañía de soldados tuvo que mandar al hospital diez y siete hombres. Atravesábase una crisis de espanto, de miedo grande, y aun cuando yo no había tenido novedad alguna, sentí muy en breve el salpullido africano que todos padecen, especie de sarna que hay que conservar, porque es el preservativo mas seguro de las calenturas y un signo favorable para la aclimatación, en términos, que los que tienen este síntoma, aun en el caso de ser invadidos por las fiebres, no lo son con la gravedad que los demás. ¡Cuán triste es el espectáculo de la muerte en medio de aquel mar, en una isla salvaje á mas de 1,840 leguas de la patria querida y de la familia amada, y mucho mas cuando es un amigo, un compañero de la infancia y de la juventud al que se ve sucumbir! ¡Entonces se advierte cuán triste y superficial es el trato de los amigos y conocidos, reducido cuando se está malo á entrar á ver al enfermo una ó dos veces, preguntarle cómo se encuentra y marcharse en seguida, visitándole el médico á sus horas y nada mas! Y la música del cuartel y los tambores, á quienes nada importa si uno tiene ó no calentura, no dejan sus academias ni sus operaciones regulares, quedando uno entregado en poder de negros krumanes que apenas le entienden, y cuando mas, le dan á uno un soldado para que le cuide y le dé las medicinas. ¡Tristísimo cuadro comparado con el que halla uno en su patria y en su casa al lado de la familia, en los momentos de la mas ligera enfermedad!

A las seis de la tarde nos reunimos en el cuartel el gobernador y todos los empleados para tributar á nuestro desgraciado amigo y compañero los últimos honores fúnebres. Triste es siempre el aspecto del sitio destinado al reposo eterno de los que desaparecen de entre nosotros; empero el campo-santo de Fernando Poo es aun mas triste. Formado en medio del espeso bosque, en una porción de terreno desmontado en forma de semicírculo, ostenta en su centro una *ceiba* de altura inmensa, contemporánea, tal vez, de la Creación, que impide penetrar en aquel fúnebre recinto los rayos del sol de los trópicos. Todo su alrededor se halla plantado de grandes plátanos y palmeras. Este es el cementerio nuevo porque el antiguo se abandonó por lo inmenso que se hallaba á la ciudad. Era el cuarto cadáver que en poco tiempo iba á depositarse en aquella nueva necrópolis, yacían allí dos soldados y el contador de la isla que había muerto pocos dias antes de mi llegada, el 3 de diciembre.

Triste y agitada fue para mí la noche de este día. Así es que cuando á la mañana siguiente (11), el toque de diana despertaba á la tropa del cuartel hacia tiempo, que ya desvelado trataba yo de calmar mi espíritu por lo perjudiciales que son las afecciones deprimentes en aquel país. Fui inmediatamente á la casa de la misión en busca del Padre Martin para dar un paseo por el bosque, aprovechando la ligerísimas brisas del alba, porque despues, en el centro del día, es imposible salir por lo sofocante del calor.

Caminando íbamos por un sendero del bosque y hablando de España, porque nunca se siente tanto el amor de la patria como cuando se está ausente de ella, cuando encontramos tendida en el suelo una mujer bubí. Llegóse á ella el padre San Martin, la pulsó y encontró que era cadáver hacia algunas horas. Aquella pobre mujer había sufrido anteriormente el castigo de las adúlteras, pues encontramos que tenia cortada su mano derecha. Apurámonos en conjeturas acerca de cuál podría ser la causa de su muerte, y venimos á convenir en que

aquella mujer, tratando sin duda de refugiarse en la colonia de Santa Isabel y perseguida por los celos de algun bubí, se habría desangrado antes de poder tocar en la tierra, en donde indudablemente hubiera hallado su salvación. Esto nos dió margen para hablar largamente de las costumbres de los bubís, de sus matrimonios y del bárbaro castigo que imponen á las mujeres adúlteras.

Me retiré á mi casa agitado siempre de ideas tristes, pues el paseo que acababa de dar, no era el mas á propósito para disiparlas, cuando tuve que prestar toda mi atención á uno de los mas grandes fenómenos que ocurren en la isla, admirable para mí, porque era la primera vez que le presenciaba en toda su terrible estension, y el cual, despues, con la repetición y la costumbre, debía mirarse como una cosa ordinaria. Comenzó á llover haciéndose cada vez mas abundante la lluvia y oscureciéndose el cielo, de tal modo, que apenas era posible escribir con la luz natural á las doce del día. De repente oigo la voz de los centinelas, situados en los ángulos del cuartel, gritar: ¡Tornado! ¡Prepararse! Salgo de mi cuarto á la galería y veo á lo lejos una nube negra y comienzo á sentir las primeras ráfagas. Sonó un trueno espantoso, igual en su detonación á la que producirían cien piezas de artillería descargadas á la vez. Un relámpago esparce un resplandor tan vivo, que parece convertir la tierra en fuego, relámpagos de que no puede formarse idea en Europa. Entré inmediatamente en mi habitación, llamo á mis negros krumanes y apenas tenemos tiempo para cerrar las puertas y las ventanas conteniendo cada uno la suya con todas nuestras fuerzas. Para hacer estas prevenciones, es para lo que los centinelas gritan apenas divisan la aproximación del tornado. Este es un huracán deshecho; en donde logra penetrar el viento lo destruye todo: nada hay que resista su paso. Los techos de las casas volaban por el aire como plumas, y las planchas de zinc del cuartel quedaron arrolladas en un momento, cual si lo hubiera egecutado el mas hábil obrero, y lanzadas á mas de 100 metros de distancia. Árboles grandes que apenas seis hombres abarcarían, fueron arrancados de raíz; y en medio del aguacero, el silbido del viento, el retumbar de los truenos y el fuego de los relámpagos, parecía que había llegado el momento de la destrucción del mundo. Una ráfaga arrebató el techo de mi cuarto dejando solo un pedazo, precisamente en el sitio que ocupaba la cama, y la habitación se inundó de agua. Una goleta mercante inglesa, rotas sus amarras, fue arrebatada mar á dentro, sin que se supiera si había podido salvarse. Una de las últimas ráfagas derribó un ángulo de la casa del gobernador, señor Gándara, justamente en el que yo había recibido de él la hospitalidad en los primeros dias de mi estancia en la isla. Todo el tejado de la casa de los misioneros jesuitas desapareció. A las doce y media cesaron las ráfagas, empero continuaron los truenos y relámpagos, que iluminaban aquel cuadro de desolación. A la una todo había desaparecido; el cielo se había despejado; ni la menor nube le empañaba, y una fresca brisa hacia respirar con placer aquel aire poco antes sofocante y deprimente y que por poco nos ahoga. Entonces pude yo apreciar los horrores que había causado el tornado. Casi todas las casas se hallaban sin tejado. Dos negros, sorprendidos en medio del campo, habían sido arrojados por una ráfaga á un precipicio y el bosque se hallaba lleno de infinitos árboles colosales tendidos en la tierra. Las plantaciones de ñames de los habitantes de Santa Isabel, habían sido arrastradas al interior de los bosques ó lanzadas al mar. Todo el resto del día se empleó en reparar los destrozos causados por el tornado, especialmente en estender las planchas de plomo sobre los techos de la casa-cuartel, á fin de que pudiéramos dormir á cubierto y con tranquilidad aquella noche. Tan diáfano y tan puro quedó el cielo despues de la tormenta, que se descubrieron perfectamente bien el pico de Camarones y el Pico Grande de la isla. El día fue agitadísimo, empero la noche la pasé tranquilamente, porque no hay nada para dormir bien como el cansancio del cuerpo.

(Se continuará).

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA, VIZCONDE DE SAN JAVIER.

FOTOGRAFÍAS

PLÁSTICO-ELECTRO-FEMENINAS.

(CONCLUSION).

III.

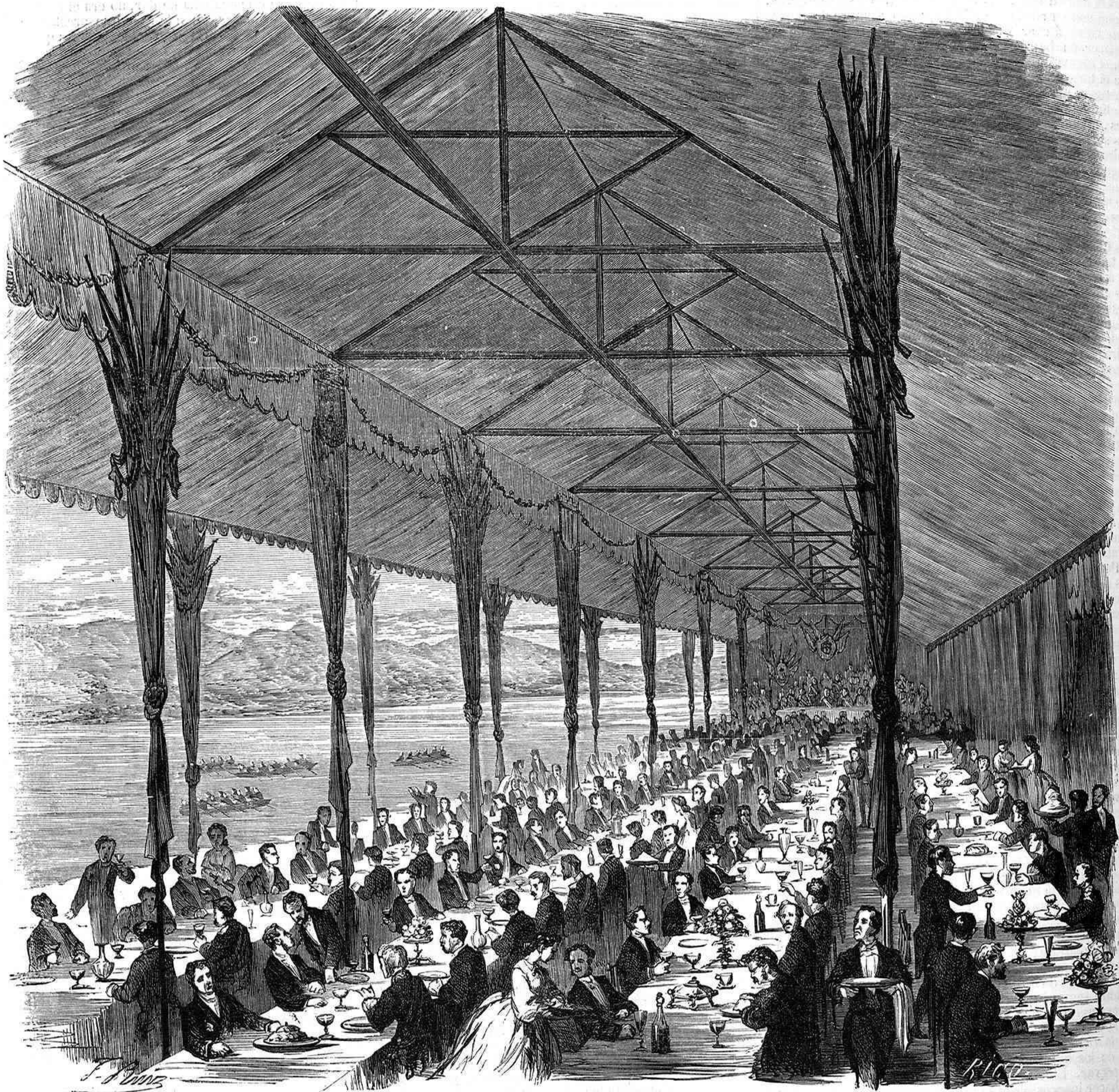
De todas las mujeres del globo, las circasianas, las mingrelianas, y en general las de todo el Gurgistan y cercanías del Cáucaso, pasan por las mas bellas, las mas hechiceras por sus formas perfectas, por el brillo de su tez y además por la gracia de su persona. Criadas y educadas todas, desde su mas tierna juventud, para los placeres de los sectarios del islamismo, continúan viviendo esclavizadas en el seno mismo de las grandezas; solo exigen de ellas lo físico, y muchas veces la que ha dado un soberano á estensos imperios, como

la Persia y la Turquía, muere sin fama ni esplendor. Las costumbres, la civilización, la sociedad, el clima, ejercen gran influencia en la mujer. Cuántas veces vemos seres deformes, que viven respirando los moféticos vapores de sus estrechas casas; su palidez, sus facciones demacradas, presentan las tristes huellas del dolor

y el sello de sus tormentos; el hambre, la miseria, la privación, gastan y embotan todos los buenos sentimientos de la mujer, obrando directamente en su inteligencia.

Vénus, la hija del mar, estableció su imperio en Chipre, en Pafos, en Corinto, en Amatonta, lugares

todos creados para el amor. Los Praxiteles, los Fidias, hallaron en Mileto y en Lesbos la personificación de sus divinidades, y aun se encontrarían en Chío, en Tenedos y varias islas de Grecia, Elenas y Aspasia, capaces de encender una guerra por la posesión de su belleza. Corregio, Albano, Ticiano, sacaron sus obras maes-



BANQUETE DE INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DEL NORTE.

tras de Italia. Sicilia, Toscana, Florencia, Siena y Venecia presentan los mejores tipos de belleza. Las francesas que pasan por mas hermosas, son las de Aviñon, Marsella y la antigua Provenza poblada en otro tiempo por una colonia griega de focenses. Mas al Norte, en Picardía y en Bélgica, son mas blancas, y su tez es mas brillante, pero tienen menos finura en los contornos y menos delicadeza en las formas. En París hay mas gracia, mas *esprit* que belleza; nuestras seductoras andaluzas reúnen las dos cosas.

Todos conocemos á las inglesas: es deslumbrante su blancura, su fisonomía expresiva, fina, persuasiva; casi todas las hijas de la antigua Albion son rubias y algunas rojas.

En Alemania se llevan la preferencia las sajonas; en

todo el Hildesheim no se encuentra quizá un rostro feo, y tanto es así, que dice un proverbio que allí «nacieron las mujeres hermosas como la yerba.» Las austriacas y las húngaras pecan en las naciones germánicas por exceso de gordura.

Las polacas merecen llamar la atención por su blancura trasparente, pero tienen la frialdad de la nieve, y dice un italiano, aunque no lo creemos, que su conversacion es capaz de constipar. Las rusas tenían en otro tiempo la costumbre de lavarse con un aceite espeso, y el abuso de los baños de vapor las enerva demasiado. Cubiertas de calientes pellizas, ocultan sus ardientes pasiones, pero se las acusa de preferir en el amor lo físico á lo moral.

Las persas, nacidas en un clima fértil y templado son

generalmente muy agradables; Bernier celebra los atractivos de las cachemiranas. Las mujeres turcas son bonitas, y aun en el pueblo bajo, en el Oriente no hay mujer, segun Belon, cuya piel no sea fresca como la rosa, blanca, suave como el terciopelo, sin duda á causa del uso frecuente de los baños; se frota todo el cuerpo con un depilatorio que llaman *rusma*, y se tiñen los dedos y las uñas de encarnado con el *heñe*. Los baños, la quietud del serrallo, y el cuidado que ponen en engordar, hacen, segun la expresion de los turcos, sus rostros como la luna llena y sus caderas como almohadones; tal es á sus ojos la hermosura perfecta, y cualquiera creería que la gradúan al peso. Los rostros de las musulmanas, son inmóviles, parecen de piedra; como siempre le llevan cubierto, no manifiestan en sus



DOKS DE MADRID. — ALMACENES GENERALES DE DEPÓSITO.

cciones la menor sensacion, y antes las permitian, si fuese posible, descubrirse el cuerpo que la cara. En Egipto, se ven mujeres casi desnudas, pero cubierto el rostro con un velo.

Las árabes, aunque bastante notables en su juventud por sus grandes ojos negros, rasgados y brillantes, se aseguran con un grande anillo que atraviesa el cartilago de la nariz y con dibujos grabados en la piel con la punta de una aguja untada en diferentes colores. Las mujeres del Indostan usan un anillo semejante en la nariz izquierda. El calor seca y pone igualmente morenas á las mujeres de los beduinos y de los indios; se pintan algunas, la frente y las mejillas con azul y las uñas con encarnado.

En Malabar, Bengala, Laor, Benares, en todo el Indostan y el Mogol y en las orillas del Ganges, las mujeres son agradables en general, pero bajas y delgadas, ya por el calor esc.sivo, ya porque se casan muy jóvenes, á los diez ó doce años lo mas, antes de su desarrollo completo. La transpiracion habitual que experimentan, hace que su piel parezca siempre fresca: tienen cuidado de suavizarla, asi como el cabello, con aceite de coco perfumado, y tambien se frotan el cuerpo con un depuratorio. Las bengalesas pasan por las mas lascivas de la India y preheren á los europeos; son pequeñas, vivas, morenas.

Las bayaderas, bailarinas y cortesanas de la India; las almas y las ghawasies de la misma vida, en Egipto, llevan muchas veces el arte de la disolucion á un grado desconocido en las frias regiones del Norte.

No hay cosa mas repugnante que el tocado de las hotentotas; úntanse con una mezcla de sebo y hollin, ó con escremento de vaca; se visten con pieles secas sin curtir; llevan por brazaletes intestinos de animales, medio podridos y viven en el mayor desaseo; repelen por la transpiracion fétida, por sus formas horribles, su nariz aplastada, su boca en forma de hocico y su piel pegajosa y de un negro atezado. Su pelo es una especie de borra espesa llena de miseria, que aquellas infelices mujeres quebrantan con los dientes... Su idioma se parece al cloqueo de los pavos y su carácter es indolente y profundamente estúpido. Tal es el verdadero retrato de las hotentotas, omitiendo algun otro detalle que no es de este lugar.

Las cafres son las mujeres mejor formadas de las negras; su carácter es mas ardiente y mas activo; se pintan y pican la piel. Las negras yólofas y mandingas, son por el estilo; su piel es blanda y suave como el raso, pero ostentan una lubricidad y pasiones desconocidas en nuestros climas: parece que abrigan en su seno inflamado todo el fuego del Africa.

En Darfur, las furenas ejercen el incesto sin pudor y la disolucion llega á ser en las mujeres una prueba de su mérito, y la castidad un testimonio de fealdad ó de algun defecto. Bien conocidas son las costumbres de las lesbias vituperadas á Safo y á otras mujeres por Sé-

neca y San Agustin. Dice Juvenal que los antiguos gustaban ver bailar á las muchachas de Cádiz, como un *irritamentum veneris languentis*, pero la *calenda*, que es una danza lasciva de todas las negras del Ardra en Guinea, deja atrás á todas.

No es necesario repetir la relacion de las escenas eróticas que las otaitianas han presentado á los europeos.

Las mujeres del Mediodia de Europa son mas voluptuosas que las del Norte. La portuguesa baja y viva, pasa por serlo mas que la italiana; ésta lo es mas que la francesa la cual es mas coqueta que amante al contrario de la alemana, que es fria y mas amante que coqueta.

Segun la opinion de los fisiólogos, el verano hace á las mujeres mas apasionadas que el invierno y hay casos en que la mujer estéril en Europa es fecunda en los trópicos. De aquí nace la enfermedad endémica de los celos, pues en aquellos ardientes climas, la conquista de la mujer es fácil, y esto explica los serrallos, los eunu-

cos, la invencion de los ceñidores de Vénus, de los anillos, etc. Las egipcias, para escitar mas, se lavan con ámbar, algalia y almizcle, y dice un proverbio, vulgar en aquellos paises, que para la vista una blanca y para sociedad una negra.

Entre la raza mogola, algunos maridos ofrecen sus mujeres á los extranjeros, aun en los paises cálidos, donde reinan los celos, como en el Pegú, en Siam, en Tonquin, en Cambodge, en Cochinchina y en la *Tierra del Yeso*, y los córiacos sedentarios toman á desprecio si no aceptan á sus esposas.

En China, la belleza de las mujeres consiste en tener pequeños los pies; consiguen esto doblando los dedos debajo de la planta y apretándolos con vendajes, y el mérito de sus pies está en no poder andar, con el fin de obligar á las mujeres á ser sedentarias. En el Japon es tan comun la prostitucion que parece ser la primera necesidad, y en el Thibet y el Butan está en uso la po-



ANTIGÜEDADES HALLADAS EN CORDOBA.

liandria, á cuyo método, segun dicen, se acomodan mejor las mujeres que sus maridos.

Entre las hordas de tártaros mogoles, las mujeres siguen la vida errante y nómada de sus maridos; las calmucas de Casan se velan el rostro, como las demás musulmanas, aun á costa del resto del cuerpo, y esta costumbre es sin duda un beneficio para las de Nogais, pues son las criaturas mas horrosas de la especie humana, á pesar de hallarse este pais en el mismo clima de las hermosas georgianas.

Los pueblos malayos, celosos y feroces en sus amores, son extraordinariamente voluptuosos. Las leyes del pudor y de la virginidad les parecen convenciones facticias demasiado refinadas para su sencillez natural; solo piensan en gozar, y el amor entre ellos es una especie de culto. El adorno de las malayas hermosas consiste todo en la piel, que se pican con diversos colores; además hacen uso de los baños y del aceite de coco; se visten con tejidos de hojas ó cortezas delgadas, que no ocultan la vista de sus mas secretos atractivos. Son delgadas, nerviosas y de una flexibilidad particular, y su carácter es inconstante y pèrdido.

Los caribes de Guyana tienen una costumbre particular; despues que ha parido la mujer, se levanta y se dedica á los trabajos, y el hombre se mete en la cama y recibe las visitas.

Las mujeres del Orinoco detestan el matrimonio por la servidumbre y el trabajo, y matan á sus propias hijas para librarlas de una existencia tan desventurada, porque allí domina la ley del mas fuerte. En Groenlandia se entierra la viuda despues de su marido, porque si no moriria de hambre.

En otros climas mas templados, la civilizacion está mas adelantada; cuando un iroqués entra en la choza de su querida con una luz en la mano, si la jóven salvaje la apaga, es señal de que acepta su amor, pero el amante se retira silenciosamente si la iroquesa rehusa apagar la luz. Todas estas colonias son polígamas, y el matrimonio no es siempre un pacto eterno; cuando dos esposos dejan de amarse mutuamente, se separan.

En la mayor parte de los pueblos de Asia y Africa se exigen pruebas de la castidad de la desposada, en la noche del matrimonio. La ley de Moisés en el Deuteronomio, cap. 2, explica claramente este asunto; tambien los judíos conservan la costumbre de exigir estas pruebas que son de obligacion entre los turcos, los egipcios, los marroquíes y demás africanos, lo mismo que entre los cosacos, los siberianos y otros.

IV.

Tocamos ya al fin de nuestras fotografías; no hemos retratado á nuestras bellas españolas, porque todos las conocemos: diremos, únicamente, que nosotros las preferimos á todas las demás mujeres del mundo, con sus vicios, con sus virtudes y con su hermosura ó sin ella.

Hemos pasado una revista eléctrica á todas las mujeres del universo: hemos visto las diferentes costumbres de cada pais: en Europa, las mujeres se cubren el cuerpo y llevan la cara descubierta; en Africa se cubren la cara y casi van desnudas. En Europa se criticará esta costumbre; en Africa no comprenderán cómo permitimos á las mujeres que enseñen su cara. ¿Quién tiene razon? Ardua es la respuesta absoluta.

Cada pais tiene su constitucion, su forma, su *razon social* y nosotros creemos que si fuera posible reunir en un congreso universal á todos los hombres á quienes se juzgara mas competentes en la materia, para que alegaran las diferentes razones que tienen en pro de los usos de cada pais, despues de oír á todos estos *diputados*, no sabríamos á quién dar la preferencia. Tal vez parezca un absurdo, pero en todo caso no pasa de ser nuestra humilde opinion, contando, por supuesto, con el derecho que para emitirla nos da nuestra *autonomia*.

Muchas veces, discutiendo conmigo mismo *in petto*, acerca de la importante materia que nos ocupa, me he propuesto la siguiente cuestion:

¿En qué se diferenciarían dos niñas recién nacidas, hija la una de un príncipe, y la otra de un trabajador del campo?

En nada.

Las dos tienen las mismas formas, mas ó menos regulares, mas ó menos blancas, mas ó menos bellas, pero ambas tienen cara, pies, manos, etc.

Y si á los quince años se vuelven á juntar las dos niñas, ¿habrá diferencia entre ellas?

Sí; mucha, inmensa.

La diferencia existirá en el traje, en la mirada, en la manera de andar, en las formas sociales, en la conversacion; en una palabra, la diferencia estará en la *educacion*.

La educacion. Hé aquí la palabra sacramental.

Y sin embargo, esta palabra es de una gravedad trascendental; esta palabra que leemos todos los dias, no llama nuestra atencion, porque cuando la oímos pronunciar ó la vemos escrita no la consideramos mas que en el sentido de la educacion social, de escuela, de seminario, de formas. Y debíamos fijarnos en ella, y fijarnos detenidamente porque de ella depende nuestra desgracia, nuestra infelicidad. Nosotros la consideramos de otro modo, bajo otro concepto; hablamos de la educacion latente, innata, intuitiva, por decirlo así, de la

madre ó de la hija; hablamos de esa educacion cuyo estudio está en una mirada, en un gesto, en una sonrisa, en un suspiro...

Detengámonos ante esta grave cuestion que no es objeto de estas fotografías, pues necesitaríamos volúmenes enteros para desarrollarla y explicarla segun la comprendemos.

Sinteticemos lo que hasta ahora llevamos dicho, y saquemos de todo ello el siguiente aforismo:

La mujer es siempre peor ó mejor que el hombre, nunca igual.

Y es muy cierto. Eva, nuestra madre, fue peor que Adán, porque fue su tentacion, y por ella Dios los arrojó del Paraíso.

Las mujeres son nuestra perdicion siempre. Si tenemos ambicion es por *ellas*; si somos desgraciados, *ellas* son la causa; si padecemos, es por *ellas*; todo el mal que nos sucede en la vida es por *ELLAS*, siempre por *ellas*.

Pero hay excepciones tanto mas preciosas cuanto mas raras, y desde luego te suplico bella lectora, que te cuentes la primera excepcion.

Las mujeres nos hacen sufrir, nos hacen llorar, nos martirizan; las mujeres son malas, sí, pero... ¡ bendita sea la mujer!!!

¿Qué seríamos sin ella?

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

VARIAS ANTIGÜEDADES.

En la ciudad de Córdoba, la colonia patricia de los romanos y capital de la Bética se hallan tantos vestigios de su antigua grandeza, y no menos de tiempos posteriores en que conservó su importancia y numerosa poblacion, siendo capital del califato de Occidente y habitando en ella un crecido número de cristianos, que apenas hay sitio en que escavando no se encuentre alguna antigualla perteneciente á aquellos tiempos. En este artículo vamos á hacer mencion de algunos descubrimientos recientes.

Cuando se construía el ferrocarril de Córdoba á Sevilla, cerca de aquella ciudad, se halló un conejo de mármol blanco de una cuarta de alto (209 milímetros) y catorce pulgadas de largo (302 milímetros) como representa el número 1.º Esta escultura pertenecería probablemente á alguna estatua que representase á España, á cuyos pies como simbolo se ponía el conejo.

El número 2 indica una lápida sepulcral de mármol blanco que se halló en una casa que se obraba en la calle nombrada de los Deanes, sirviendo de quicialera. Está quebrada por la parte inferior y no podemos saber la era en que falleció la sierva de Dios María, aunque sí el día que fue el 15 de junio. Tiene media vara de largo (unos 418 milímetros) y una cuarta de ancho (209 milímetros). De otro descubrimiento tenemos noticia y es el siguiente:

Entre Sevilla y Lebrija, segun Tolomeo, hubo una poblacion en tiempo de los romanos, llamada Carisa, cuyo nombre consta por las monedas y algunas inscripciones; Plinio la nombra con el sobrenombre de Aurelia, y la cuenta entre los pueblos del convento jurídico de Cádiz reconociéndola con el fuero de ciudadanía latina, esto es, del Lacio antiguo. Esta poblacion corresponde al sitio en que se encuentra el despoblado de Carrija, nombre corrompido de Carisa, á una legua de la villa de Bornos. Segun el escritor sevillano Rodrigo Caro, se han encontrado restos de inscripciones y monedas con el nombre de Carisa y se conservaban en su tiempo varias ruinas y parte de la muralla. En este sitio, pues, se descubrieron no há mucho tiempo los objetos que van dibujados á la cabeza de este artículo y señalados con los números 3, 4 y 5. Es uno un hierro de lanza con dos cuchillas flameadas á los lados, de cuya forma no hemos visto ningun otro hasta ahora. Tiene de largo 418 milímetros y las cuchillas de un extremo á otro 209. Otro es una especie de alabarda que tiene de alto la caña donde entra el hasta 230 milímetros y la cuchilla 278. El tercero es una lucerna de bronce hecha en figura de ave, la cual tiene el mechero en el pecho. Es su largo unos 200 milímetros y 139 de alto, y le sale de la cabeza un asa para tenerla suspendida.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

UN SUEÑO.

I.

Amanecía una bellísima y poética mañana de mayo. Yo me hallaba sentada á la puerta de una pintoresca gruta, situada al pie de una elevada montaña. Las diáfanas gotas del rocío, posadas sobre las corolas de las flores, parecían diademas de brillantes descen-

didias del cielo, para adornar las maravillas de la naturaleza.

Las aves batian gozosas sus alas, y abandonando sus lechos de plumas, se remontaban al espacio lanzando al viento sus dulces y melifluos gorjeos.

Un precioso ruiseñor, orgulloso rey de la música, ensayaba desde las ramas de un rosál sus melodiosos y variantes trinos de amor para saludar la venida del naciente día, que principiaba ya á asomar por los rosados balcones del Oriente.

Todo estaba en calma.

Las fuentes murmuraban sus amores.

Las auras susurraban entre las hojas de las flores, diciéndoles al oído palabras que les hacían estremecer de contento.

Todo respiraba alegría en la naturaleza.

Pero aquella alegría, que hubiera acrecentado la de una alma feliz, contrastaba con la tristeza que embargaba mi corazón oprimido por los horribles lazos del pesar.

En medio del general contento una tórtola solitaria, posada sobre una de las ramas de un elevado sauce, lanzaba al cielo sus plañideros ayes.

El melancólico cántico del ave no era sino un suspiro de amor, suspiro profundo, conmovedor, triste, ocasionado por el recuerdo de una felicidad, tal vez no muy lejana, pero perdida para siempre.

Aquellos tristes ayes me consolaban.

Yo también suspiraba de amor.

Yo anhelaba también la posesion de una felicidad desconocida sí, pero existente en la tierra, y de consiguiente posible de hallar en el mundo que ante mi vista se extendía.

II.

De pronto se iluminó con esplendente claridad el fondo de la gruta á cuya boca me hallaba yo sentada.

Levanté los ojos é hirió mi vista una figura misteriosa, fantástica, indescriptible, blanca como la nieve, vaporosa como un espíritu, pura como la sonrisa de un ángel.

—¿Quién eres? le pregunté incorporándome asustada.

—Yo soy la *Amistad*, me contestó con una voz suave y armoniosa. Mi aliento purifica las almas y mi mirada alienta los corazones: yo doy el consuelo al que padece y la felicidad al desgraciado. Pero en vano buscarás hoy en mí la felicidad, porque há mucho tiempo que me arrojé el mundo de su seno; y he muerto para el mundo.

Diciendo esto desapareció.

Yo quedé triste y pensativa.

No sabía lo que pasaba por mi alma.

Trascurrieron algunos breves instantes.

Aun conservaba en mi imaginacion el recuerdo de la figura misteriosa.

Pensativa y triste resolví abandonar la gruta.

Sentía mi corazón oprimido.

Mi alma ansiaba la posesion de una cosa que yo misma al preguntarme no me hubiera sabido explicar.

III.

De pronto levanté los ojos é hirió mi vista la presencia de otra nueva figura misteriosa.

Aun mas hermosa que la primera, envuelta en una nube de rosa, avanzó hasta colocarse junto á mí.

Yo la miré y arrastrada por un poder secreto, sentí que la fuerza de mi voluntad se rendía ante los atractivos de aquel ser fantástico, sobrenatural y divino.

—¿Quién eres? esclamé.

—Soy el *Amor*, me contestó.

Y miré al Amor entusiasmada.

—Yo, continuó la vision, sentimiento puro como la mirada de Dios, destruyo lo imposible, uno las almas y estrecho los corazones: para mí están francas las puertas de los palacios, como las puertas de las cabañas: reyes y esclavos, princesas y aldeanas, todo el mundo se rinde ante mis plantas. Pero en vano buscarás hoy en mí la felicidad que apetece. En otras edades el guerrero entraba en batalla pronunciando con fe el nombre de su amor; el trovador al pie del gótico castillo pulsaba su laúd ante el recuerdo de su amada... yo inspiraba aquellas mentes, yo enardecía aquellos corazones... y los hacía felices. Pero aquellas edades pasaron, estinguíendose la fe cual la luz del sol al soplo de la noche, y el mundo me arrojó de su seno. El amor de tu felicidad solo existe en la region de las ideas: hoy el rey del mundo no se llama amor como en otros dias; se llama... ¡materialismo!

Y diciendo esto la figura desapareció.

IV.

El sol iluminaba por completo el horizonte.

Hacia un día primaveral, deliciosísimo.

A pesar de todo, ni los fulgores del sol, ni los acentos de las aves, ni los perfumes de las flores, eran capaces de prestar á mi alma la felicidad que apetece.

¿Qué me importaban las bellezas de la naturaleza sin las bellezas del sentimentalismo?

Buscaba amistad y la *Amistad* era una mentira. Buscaba amor y el *Amor* era una farsa. De pronto levanté los ojos é hirió mi vista la presencia de una nueva figura misteriosa. Aun era mucho mas hermosa que las dos anteriores. Deslumbraba.

—¿Quién eres? la pregunté sobrecojada.

—Soy la *Felicidad*, me contestó. ¿Buscas amor? ¿Buscas amistad? Pues bien, sígueme, y el amor y la amistad serán contigo.

Llena de alegría me dispuse á seguir á aquel ser tan seductor como deslumbrante.

Comenzamos á andar por la campiña. El sol brilló con una luz mas esplendorosa. El aura susurró mas dulcemente. Las flores, que al pasar inclinaban ante nosotros sus corolas, desprendieron con mas intensidad y pureza la esencia de sus perfumes.

Al cabo de una hora llegamos á la cúspide de una montaña elevadísima. Allí nos detuvimos.

El mundo oscilaba á mis pies cual un vasto hormiguero.

El aire zumbaba en las alturas con una impetuosidad indescriptible.

—Ven, me dijo la figura misteriosa tomándome de la mano.

Yo obedecí.

—¿Es cierto que buscabas la amistad en la tierra?

—Sí.

—¿Y el amor?

—Es cierto.

—En vano te esfuerzas tras esos dos objetos: son dos fantasmas, que verás de lejos, pero que se desvanecerán al tocarlos.

—¿Es posible! exclamé. ¿Pues no me has prometido tú ese amor y esa amistad que busco? ¿A qué me has mandado seguirte?

—Para desengañarte.

Y la figura exhaló un grito y desapareció entre las nubes.

En aquel instante, sola, abatida, triste, elevé mis ojos hácia las mansiones del Dios de la verdad.

Y ví cruzar por el espacio un ángel de blancas alas que con la mano tendida al cielo:

—¡Pobres locos, que buscáis la felicidad en la tierra! exclamó, en vano os esforzais: allí, allí en el cielo, está la felicidad única y verdadera.

El ángel desapareció de mi vista.

Y en aquel mismo momento desperté.

.....

Había sido un sueño.

VICTORINA FERRER Y SALDAÑA.

DOS CORONAS.

Para reinar, ¡oh Luz mía!
nos formó naturaleza
y desde la infancia casi,
ceñimos ambos diadema.

Tú rica y noble y radiante
de hermosura y de pureza,
de pureza y de hermosura
eres dichosa la reina.

Yo triste y pobre y oculto
en un rincón de la tierra,
soy rey de la desventura,
que al cabo nací poeta.

Felicidad y esperanza
de flores tu vida siembran;
y orlada de perlas y oro
la frente virgínea llevas.

Yo que bebo agua de lágrimas
y como el pan de las penas,
ciño de espinas el alma
y la frente de tristeza.

Los dos amamos lo grande
y sentimos la belleza
y aspiramos á una dicha
que es inmutable y eterna.

Caminan con igual rumbo,
Luz mía, las almas nuestras;
pero ¡ay! ¡cuán diversa vía
nos traza Dios en la tierra!

L. G. DE MURCIA.

MI COMPAÑERA DE POSADA.

I.

—Buenos días, señorito.

—Buenos días.

—Tendrá usted que disimular. Esta noche habrá usted sentido ruido en la habitación de al lado.

—Efectivamente; he sentido movimiento de trastos, voces y pisadas. ¿Ha venido algun nuevo huésped?

—¡Vaya! Y si usted le viera...

—¿Qué?

—No sé si empezaría usted á sentir mareos de cabeza.

—¡Cáscaras! ¿Despide olor de azufre el recién venido?

—¡Chist! No alce usted la voz porque nos puede oír.

—¿Pero está ahí todavía?

—Solo hace un momento que se ha levantado, y ya verá usted, ya verá usted cómo dice usted luego que tiene usted al sol por vecino, como dice una copla.

—¿Es un sol el forastero?

—No señor, la forastera.

—¡Ah!!...

Este diálogo sostenía yo con mi patrona una mañana del mes de mayo de 1857, en el momento de darme el chocolate, y ten en cuenta, amado lector de mi alma, que de esta clase de diálogos entraban pocos en libra; pues sucedía por lo general que su saludo matutino venía á servir de cabeza á un largo y divertido monólogo en que ella se despachaba á su gusto, y que yo sufría con la santa paciencia de un cordero.

No había nada mas cargante en el mundo que el dragón de mi patrona, cuando sin salir yo de mis tiendas me sorprendía con este brusco ataque:

—¡Válgame la Virgen, señor! ¿En qué país vivimos? Se han propuesto matar á los pobres de hambre. Todo se va poniendo por las nubes. Hoy ha subido un cuarto el pan. ¡Subirse el pan con una cosecha tan abundante como la que hemos tenido! Así medran los panaderos. ¡Malos lobos!... Le aseguro á usted que tengo la sangre mas negra que el carbon.

—No debe de ser sangre de cristiano la tuya, decía yo para mí echando chispas por los ojos.

—¡Jesus! ¡Jesus! ¡Cómo se ha puesto todo! continuaba aquel fenómeno, que parecía complacerse en mi martirio. Si esto sigue de esta manera, ¡quía! no se puede vivir. Pásmese usted. Esta mañana en la plaza, por dos pichones, han tenido el atrevimiento de pedirme diez reales. Y luego vaya usted á pagar casa y criada y aceite y velas y leña y otros comestibles!...

Un día que me repitió por dos veces este elocuente período, no pudiendo mi paciencia contenerse en los límites por mí señalados, salté de la cama en calzoncillos y me empecé á vestir delante de ella.

Era un golpe estratégico para hacer abandonar el campo al enemigo, que no me dejaba almorzar como Dios manda.

—¡Ave María Purísima! ¡Jesus, señor! Vaya que tiene usted unas salidas...

—Y usted tiene unas entradas...

—No se puede hablar con formalidad con usted. Ni escucha usted ni hace caso. Ya se ve, como á usted no le duele...

—Si señora que me duele; me duele el estómago y las uñas de estar oyendo á cada instante los precios de los comestibles. Ya sabe usted que yo no entiendo de esas cosas. Con que déjeme usted en paz, con cien mil pares de demonios.

—Oiga usted... ¡Qué modo!... ¡Si viviera mi difunto!...

En fin, lector de mis entretelas (que ojalá vivas al lado de tu familia y no bajo el poder de estos tiburones) mi patrona se marchó gruñendo, que era lo que yo deseaba, y no ha vuelto á cansarme mas con sus insulsas lamentaciones.

Pero en cambio decía á todos sus conocidos que yo era un hombre adusto y frío como una estatua.

¡Ah! Se me olvidaba decirles que mi patrona era una mujer horriblemente fea.

II.

Pues señor, como dicen los palurdos cuando dan principio á un cuento, es el caso que entre mi cuarto y el inmediato había solo un ligero tabique, de modo que sentía los ronquidos de mi vecino cuando dormía y el murmullo que salía de sus labios cuando rezaba, y el crugido de la cama cuando se volvía de lado, y por último, el soplo de muerte que pegaba á la lamparilla. Allí tuve muchos compañeros de posada que me hicieron pasar los mas endiablados ratos de la vida.

Figuraos un prójimo que sea aprendiz de música y que tenga la rara habilidad de convertir en chicharra el difícil instrumento de Paganini. Es una cosa insoportable.

Estoy seguro que Job no hubiera tenido paciencia para sufrir á un amigo que empezara á aprender el violín.

Tuve otro vecino que tocaba la trompeta.

¡Virgen pura! quieras ó no quieras me hacía levantar al toque de diana, comer al toque de rancho, cenar al toque de retreta, y dormir, soñar, reír, rabiarse, estornudar y maldecir á toda clase de toques.

Tenia desgracia con los compañeros que me tocaban en suerte.

Así es, que en vez de un vecino, pedía á Dios me mandase una vecinita dulce, bella, cariñosa, con quien pasar agradablemente los días en amor y compañía.

Pero, acaso por fortuna mía, eran de bastante juicio, bastante entradas en años, con los ojos turbios y la cabeza pelona las vecinas que yo había tenido. Por eso cuando mi seductora patrona, sirviéndome el soconusco, me anunció en la referida mañana de mayo de 1857 la llegada de una linda forastera, mi corazón no pudo contener un violento latido de alegría, y dije para mi capote:

—Aventura tenemos.

Me puse en traje de etiqueta como si fuera á visitar á la influyente dama de un ministro, y al dar la una la campana de la iglesia de San Bartolomé de la ciudad de Pontevedra, llamé á mi patrona y le dije:

—Anúncieme usted volando á esa señorita. Dígala usted que don F. de T, joven amable, su compañero y vecino, desea tener el honor de ponerse á sus órdenes.

Mi patrona, haciéndome un gesto muy feo, que parecía querer decir: ¡picarillo! salió delante de mí contoneándose, y penetró en la habitación de la forastera.

Yo me quedé á la puerta anhelando oír la conocida frase «que pase usted.»

Pero cuál fue mi sorpresa cuando volvió mi patrona y me dijo:

—La señorita agradece mucho su atención y siente no poder recibirle á usted por hallarse indispueta.

—¡Fatalidad impía! exclamé con Espronceda lanzándome á la calle como si me hubiese picado un tábano.

III.

Hace ya mas de seis años que pasó lo que he empezado á referir, dejando en mi memoria un doloroso recuerdo.

Permitidme que antes de continuar mi relato, dirija una rápida mirada al sitio donde tuvo efecto la escena.

Acaso no lo vuelva á ver mas.

Acaso sea el postrero el adios que dí á aquel país, bello como los cantares de sus vendimiadores, alegre como el primer albor de una mañana de verano, testigo cariñoso de mis inquietudes y de mis dichas pasadas.

IV.

La provincia de Pontevedra, como casi todo el reino de Galicia, ofrece á la curiosidad del viajero un inmenso panorama tan variado como delicioso. Rodeada de todos los encantos de la naturaleza, favorecida por una vegetación espléndida, con valles como los de la Suiza, con vegas como la de Granada, con un clima dulce y saludable que refrescan las brisas de los mares que la circundan, cualquiera diría que el Omnipotente había querido hacer de esta provincia un estudio para los sabios, una mansión de recreo para los amantes de la naturaleza, un oasis donde descansar de las fatigas del viaje, para los que tostados por el sol, no han encontrado en las vastas llanuras de Castilla, como los árabes en el desierto, una fuente que les dé agua, ni un árbol que les dé sombra.

Pontevedra es una ciudad de poca importancia.

Los trovadores gallegos la llaman Helenes, obedeciendo á la tradición que la supone fundada por Teucro despues de la destruccion de Troya.

Pero esto es muy oscuro y además no quiere decir nada.

Todos los pueblos pretenden cimentar su gloria en la mayor antigüedad de su origen, como si por haber sido la antigua Grecia muy grande, dejara de ser la moderna un pueblo de tres al cuarto.

De todos modos y fuera quien fuera el fundador de Pontevedra, no se puede negar que tuvo buen gusto en la elección de su posición topográfica.

Nada mas poético ni mas seductor que los alrededores de esta antigua ciudad de los suevos.

Coronada de una eterna primavera, se presenta á los ojos del artista como una ninfa dormida sobre un lecho de flores, una maga que renace sobre las ondas, una matrona de gracioso continente, que llora su perdida grandeza sentada en la falda de sus montañas.

Yo había ido allí á restablecer mi salud.

Y sin embargo, aquel desconocido edem que me volvió á la vida, llegó á cansarme; aquel retiro pintoresco, á cuya sombra dormí el sueño de mis mejores años, llegó á hacerse monótono y pesado.

Mi alma buscaba mas espacio.

Aquel horizonte era estrecho para mí. Me acordaba de Madrid y deseaba volver á él, como si el horizonte de Madrid fuese mas ancho.

¿Qué era lo que yo deseaba?

Todavía lo ignoro.

Todavía voy á ciegas sin saber por dónde voy. Solo siento las espinas del camino que se clavan en mis pies.

V.

Era ya muy entrada la tarde cuando volví á mi posada á comer.

Pregunté por la forastera á mi patrona, y ésta, sirviéndome la comida, me dijo con mucho misterio:

CAMPOS Y CIRCOS EN COMPETENCIA.— FUNCIONES QUE SE PREPARAN (POR ORTEGO.)



CIRCO DE PRICE, CONCIERTO VOCAL.



DEL PRINCIPE ALFONSO, GAVOTA BAILADA POR DOS INTELIGENTES.



CAMPOS ELÍSEOS, ASCENSION DE MAD. POITEVIN.

—Aquí debe de haber gato encerrado. Apenas salió usted de casa, cuando la señorita se vistió precipitadamente, se tapó la cara con un velo y tomó también el portante.

—¿Pues no dijo que estaba mala?

—¡Quia!

—¡Hola! exclamé con extrañeza, ¿con qué no ha querido recibirme?

—No lo comprendo, dijo la ama, pero algo debe sucederle, porque no ha dormido nada en toda la noche y me acaba de decir ahora mismo que no tiene gana de comer; se ha encerrado en su cuarto y me ha encargado que no la moleste.

—¡Ah! ¿Con qué está en su cuarto?

—Sí, señor; hace media hora que ha vuelto desencajada, ojerosa, temblando como la hoja en el árbol. A mí me dió miedo; pero la pobre se metió en su habitación sin decir una palabra, se arrojó sobre una silla y empezó á llorar como una Magdalena.

—¡Es extraño! ¿Y usted no ha podido averiguar?...

—No sé su nombre ni de dónde ha venido; pero al oír sus sollozos, corrí junto á ella, traté de consolarla y le pregunté qué tenía. ¡Qué si quieres! Por mas que hice no pude arrancarle nada mas que estas palabras: —Gracias, no es nada, ya pasará, no se moleste usted, deseo estar sola. ¡Y es tan hermosa! ¡Si usted la viera!...

Aquello me puso triste.

¿Qué no hubiera dado yo en aquel momento por enjugar las lágrimas, por aliviar la pena secreta de mi desgraciada misteriosa?

Salí de casa y me dirigí al camino de Marin, que es uno de los mas bellos paseos que tiene la risueña ciudad helénica.

Iba verdaderamente preocupado, como si algo me importaran las penas de una mujer que no conocía y que había tenido la poca consideración de no recibirme.

¡Bah! decía yo hablando conmigo mismo, cuando se padece y el llanto nubla nuestros ojos, no se tiene gana de recibir á nadie. ¡Pobre jóven!

Y así, pensando sin hacer alto en quien pasaba junto á mí ni en el camino por donde yo iba, hubiera llegado hasta Marin, distante una legua de Pontevedra, si no hubieran herido mis ojos los encendidos rayos del sol al hundirse en el seno del mar que se extendía á lo lejos.

Sentéme como acostumbraba todas las tardes sobre una roca á admirar el magnífico cuadro que me presentaba la naturaleza en su momento mas sublime.

Yo entonces me olvidaba del mundo y solo veía á Dios.

¡Es tan inspiradora, tan elocuente, una tarde apacible de primavera en las riberas del mar!

Sentía á mis espaldas el canto de los zagales que cruzaban el camino detrás de sus ganados y las voces de los labradores que se retiraban á sus cabañas en compañía de sus bueyes.

Las aves marinas revoloteaban en el espacio, dando

su postrer adios al astro del día, que entre nubes de fuego parecía dormirse sobre el líquido cristal que doraba con sus últimos resplandores, y entre el suspiro de la brisa que oreaba mi frente, el ligero rumor de las hojas de los bosques, y el susurro de las ondas azotadas de vez en cuando por los remos de las lanchas pescadoras que volvían de la mar, se oía en lontananza el melancólico sonido de la campana que llamaba á la oración.

En medio de tantas armonías, conmovido á la vista de tanta grandeza, me descubrí como el peregrino al divisar la Ciudad Santa, alcé mis ojos al cielo y oré.

En aquel momento cruzó por delante de mí, con su vela hinchada por el viento, una elegante barquilla.

Una señora y un jóven, á quien me pareció conocer, iban sentados en la proa y un marinero manejaba el timon.

Apenas pasó la barca cuando resonó en el espacio, un grito agudo y desgarrador que penetró en mi alma, produciendo un eco sordo en las riberas vecinas.

VI.

Dirigí una mirada afanosa á mi alrededor y nada vi. Pero pronto una exclamación de estupor se escapó de mis labios.

Al pie de las rocas que se elevan sobre el camino que conduce al puerto de Marin, estaba tendida, pálida y sin conocimiento, una hermosa y elegante jóven.

Bajé inmediatamente á la orilla del mar, y llenando de agua el hueco de mi mano, rocié con ella la alabastina frente de aquella beldad á quien no conocía ni había visto nunca.

Pero al verla entonces, sentí en mi pecho una emoción inesplicable.

Era uno de esos tipos interesantes de puerto de mar.

Tendría unos diez y siete ó diez y ocho años, morena, de cabellos negros como sus ojos, de mirada abrasadora, esbelta como una palma, delicada como la azucena, sensible como la pasionaria.

Sospecho que hubiera concluido por enamorarme perdidamente de aquella mujer, si el tiempo y las circunstancias lo hubieran permitido.

Desgraciadamente no lo permitieron.

Todavía me acuerdo de ella.

Difícilmente se borrará su memoria de mi corazón.

Cuando volvió de su desmayo, después de exhalar un profundo y prolongado suspiro, fijó en mí una mirada investigadora y triste.

—¿Quién es usted? me preguntó con la mayor dulzura después de algunos momentos de silencio.

Le dije quién era y le manifesté mis deseos de servirla y de saber la historia de sus penas si merecía su confianza.

La niña rompió á llorar con desconsuelo y solo después de un largo rato balbuceó entre sollozos:

—¡Soy muy desgraciada, muy desgraciada! No sé qué va á ser de mí.

—¡Niña y bella y afligida! ¿Será el amor la principal causa de ese llanto que usted vierte?

La jóven bajó sus ojos ruborizada y no contestó.

Yo lo adiviné todo y me estremecí.

¿Quién era el hombre ingrato y dichoso á quien amaba aquella niña adorable?

Una espresiva mirada que me lanzó de pronto la jóven me hizo volver en mí.

Aquella mirada quería decirme:

—¿Puedo fiarme de usted?

Yo estreché con ternura su mano entre las mias, puse á Dios por testigo de mis palabras y la rogué que me hablase como á un hermano.

La niña, por única respuesta, se sentó junto á mí, enjugó las lágrimas que se desprendían de sus pupilas y después de vacilar algunos segundos, me dijo:

—Me inspira usted tanta confianza que lo que he ocultado hasta ahora á mi anciano padre, voy á contárselo á usted. Acaso mi vida... ¡Oh, Dios mío! Conozco que este amor será mi muerte si él no se apiada de mí. ¡Le amo tanto!

Una negra nube veló mis ojos.

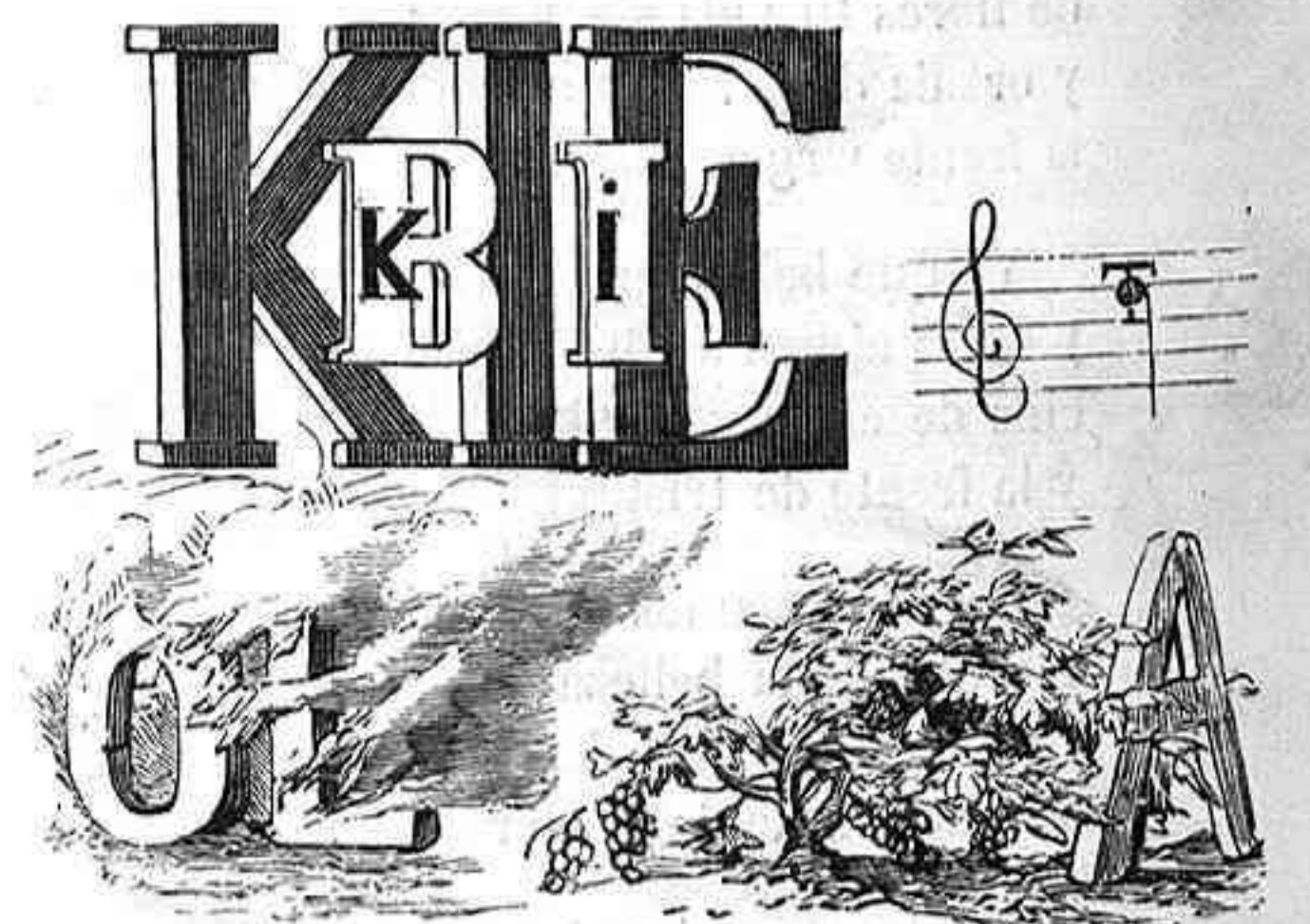
(Se cont nuara.)

VICENTE GREGORIO ASPA.

GEOGLÍFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Loco de amor se lanza el hombre al matrimonio pero si no hay pitanza se lo lleva el demonio.



La solución de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE. D. JOSE GASPAR.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.